

Jorge Carrión



La siesta creativa

Me han preguntado muchas veces cuál es el secreto de mi hiperactividad, cómo soy capaz de llevar a cabo tantos proyectos. Mi respuesta más frecuente es: la máquina de escribir. Mis padres me apuntaron a una academia de mecanografía que estaba justo detrás del colegio donde estudiaba EGB, el Balmes de Mataró. Durante años me dije que hubiera sido mejor ir a clases de inglés o de solfeo, como hacían los hijos de profesionales liberales mientras los de clase media-baja tecleábamos; pero un día me di cuenta de que la velocidad con que soy capaz de teclear fue clave para desarrollar esa conexión entre las manos y el cerebro que se llama artesanía.

Aunque para entonces ya había escrito a mano una larga novela de aventuras y, con el Pepito y el David Molina, ya habíamos programado en Basic una aventura multimedia basada en los cuentos de Pere Calders. De modo que el secreto debe de ser otro, supongo.

¿Podría ser la siesta que he dormido durante la mayor parte de los días de mi vida? Las siestas en casa de mis padres y en todas mis casas. Las siestas en parques y playas y hoteles, durante los viajes. Dormirte leyendo o pensando o acunado por la digestión. Esa hora, hora y media, dos horas el fin de semana, que son improductivas, perezosas, puro descanso. Ese tiempo reconfortante y abstracto. Ese paréntesis que hace que los días se dupliquen y que la llamada inspiración, si no ha llegado por la mañana, que has tenido que dedicar por tanto a responder emails o hacer trámites o ver series

Ese paréntesis que hace que los días se dupliquen y que la llamada inspiración, si no ha llegado por la mañana, tenga otra oportunidad

o a leer, tenga una segunda oportunidad para sorprenderte lúcido y trabajando, por la tarde.

Nunca lo había dicho en público. Salgo en estos momentos del armario. Y lo hago gracias a *El don de la siesta. Notas sobre el cuerpo, la casa y el tiempo* (Anagrama), de Miguel Ángel Hernández. La siesta era, hasta su lectura, el único territorio de mi vida que carecía de teoría. En sus páginas he descubierto, entre otras muchas cosas, que no solo existe una conocida tradición de célebres siesteros, integrada por Napoleón, Churchill, Cela o Thatcher; sino que también se puede leer la historia de la ciencia en conexión con las cabezadas de los genios. El principio de Arquímedes, la ley de la gravedad de Newton y la teoría de la relatividad de Einstein nacieron tras sendos sueños.

Al final de su libro, que es tanto un ensayo creativo sobre el reposo diurno como un emocionante epílogo de su novela *El dolor de los demás*, Hernández habla de la importancia de las siestas durante la pandemia: “Un regalo, un don, un refugio, una interrupción, un instante leve de felicidad en medio de la tormenta”. Supongo que ese es, finalmente, el secreto de la creatividad. Conseguir un cierto equilibrio entre la necesidad de producir, el placer de hacerlo y el derecho a no hacer nada. Entre la información constante y el mundo onírico. Entre tu dimensión obsesiva y tu dimensión feliz.